

Don Ramón Cárdenas Coronado

*A Doña Concepción Marroquín de Cárdenas (q.e.p.d.)
A Ramón Cárdenas Marroquín, fraternalmente*

Por C.P. Jorge Barajas Palomo
Ex Presidente del IMCP
Ex Director del Boletín Semanal del Colegio de Contadores Públicos de México.
sajarab@prodigy.net.mx

En las primeras horas del día anterior a la Navidad de 1993, el maestro Don Ramón Cárdenas Coronado murió. Cabe la dulzura del hermoso hogar en su natal Monterrey, al lado de su adorada Conchita y envuelto en la paz que los ángeles le cantaban ya.

La conjunción es emocionante. Si algo nos conmueve de la historia del hombre en la Tierra es su advenimiento en escenario tan humilde. Con toda la grandeza de Su Majestad, señalado para realizar la más trascendente misión que han registrado los siglos, Jesús nace en la pobreza, en el traspasado reservado a los animales de la estrecha casa de Belén. Al expresarnos deseos de felicidad y paz en el próximo diciembre, también pensaremos un momento en la continuación de nuestra misión profesional, y quizá el afectuoso recuerdo de Don Ramón pueda iluminar la reflexión.

Este año que concluye hemos celebrado los 60 años de nuestro Colegio, y el autorizado *Testigo del pasado*, mi entrañable Humberto Murrieta, nos ha traído a la memoria aquel partearguas –como él lo llama– de la concepción del organismo nacional que consolidó a todos los colegios. Don Ramón Cárdenas fue actor fundamental en aquellas reuniones y discusiones nada fáciles de la Comisión Tripartita (Instituto, Colegio de la Ciudad de México y Colegios de Provincia), representando a los colegios que ya entonces actuaban en diversos estados de la República. A la distancia nos parece fácil, pero hoy debemos reconocer agradecidos que sólo con la proverbial sabiduría de Don Ramón se pudieron lograr consensos y establecer acuerdos.

La historia aún no escrita daría cuenta de que el Maestro de Monterrey debió renunciar a la aspiración legítima de llegar a ser Presidente nacional, orientando así el cauce de aquellas resoluciones, pacíficamente y sin desbordamientos. En él pienso cuando T.S. Eliot advierte que la única, la verdadera sabiduría, es la humildad.

Quisiera detenerme a recrear la gestión ejemplar de Ramón Cárdenas Coronado como primer Presidente del Instituto de Contadores Públicos de Nuevo León, en 1961; a bendecir su infatigable labor en la Asociación Interamericana de Contabilidad, de cuya II Conferencia en la Ciudad de México fue Secretario en 1951, recibiendo después, en 1967, el pergamino fedatario del grado de Contador Benemérito de las Américas en la VIII de Caracas; a abundar sobre la forja tesonera de su práctica profesional, que de estrictamente local devino a nacional e internacional; a alabar su prolífica contribución como fundador y primer Director de la Facultad de Comercio y Administración de la Universidad de Nuevo León; a exaltar su vocación de servicio público como Secretario de la Contraloría del Gobierno de Nuevo León; y a saludar su alegría y entusiasmo juvenil como Presidente del Club Tigres de su querida UANL, que los llevó a conquistar el único campeonato de su historia, hasta ahora (¡cómo lo estarán extrañando!).

Pero prefiero concentrarme en compartir con ustedes, reverente, la íntima satisfacción del Maestro –que percibí como la mayor de todas las que su larga dedicación profesional le proporcionó– por haber logrado traducir al español, con la colaboración del Dr. Giorgio Berni, del Tecnológico de Monterrey, el *Tractatus de Computis et Scripturis*, de Fray Luca Pacioli, parte de la famosa *Summa* que el ilustre monje franciscano dio a luz en Venecia en 1494.

La primera edición presentada a la comunidad profesional de habla castellana nos la dedicó a todos sus amados discípulos, ustedes y yo: “Traigo nuevas inquietudes de estudio e investigación a nuestros espíritus, estos espíritus nuestros del siglo XX que, dígame lo que se diga, rinden aún culto fervoroso a la sensibilidad y a los valores humanos”.

Gracias, Maestro Cárdenas Coronado. Su espíritu seguirá por siempre vivo entre nosotros. ❀